Bol. Mus. Nac. Hist. Nat. Chile 34: 111 - 119 1975

Ocupación inca de Atacama y Coquimbo

JORGE IRIBARREN CHARLÍN *

INCA VIRACOCHA VISITA SU IMPERIO...

"Hecha la visita de Cuntisuyu entró en las provincias de Collasuyu, las cuales anduvo una por una, visitando los pueblos más principales... Visitó aquella costa de la mar hasta Tarapacá".

Libro V, Cap. XXV, Inca Garcilaso de la Vega, p. 278.

"Pues como el Rey Inca Yupanqui se viesse amado y obedecido, tan poderoso de gente y hazienda, acordó emprender una gran empresa, que fué la conquista del reino de Chili. Para lo cual, habiéndolo consultado con los de su Consejo, mando prevenir las cosas necessarias. Y dexando en su corte los ministros acostumbrados para el govierno y administración de justicia fué hasta Atacama, que hazia Chili es la ultima provincia que havía poblada y sujeta a su Imperio"...

Libro VII, Cap. XVIII, p. 128.

La expansión del Collasuyo hacia el sur de Toconao, donde estaban sus términos, significó prolongar una ruta que siguiera la meseta altiplánica, donde se podían encontrar los elementos vitales sustanciales: agua y combustible. Aquellas fuerzas adelantadas del inca preparan el trazo, abren pozos y abrevaderos y construyen refugios que son elementales recintos pircados. Estos aposentos rústicos son los tambos o tamberías que todavía pueden reconocerse en ese prolongado camino. Disposiciones hispánicas que regulan su funcionamiento en el siglo XVI[1] nos permiten deducir que en fechas anteriores debieron de estar provistas de leña, agua y alimentos en cantidad necesaria, existiendo cuidadores de ellos, que debían atenerse a un funcionamiento y aplicación reglamentada.

El camino trazado por los incas en esta región de desiertos y alturas no está en consonancia con aquellos otros donde las obras viales fueron de un considerable desarrollo y movieron a algunos comentaristas a compararlos elogiosamente con las vías romanas.

* Conservador del Museo Arqueológico de La Serena. Casilla 117. La Serena, Chile.

1 Tasa y ordenanzas sobre los tributos de indios hechas por el gobernador Martín Ruiz de Gamboa, 7 de mayo de 1580. Colección de Documentos Inéditos para la Historia de Chile, José Toribio Medina.

Entre los límites de la actual provincia de Antofagasta, cruzando Atacama hasta el valle de Copiapó, donde se pierde su huella, la vía imperial es sólo un modesto trazado rectilíneo hoyado de 60 cm. de ancho. Ocupado por varios siglos hasta avanzado el siglo XVIII, se conserva bien visible en una larga trayectoria, rectilíneo en los sectores llanos y en un zigzag no violento al cruzar las profundas quebradas El Juncal y El Carrizo.

Los investigadores del trazo trasandino, que vendría a ser la vía paralela hasta Mendoza, mencionan algunas obras de arte en aquella vialidad. Si esta aseveración está fundamentada en comprobaciones fidedignas y no se trata del posible error de considerar vías de uso colonial posterior, tendría que aceptarse que hubo un criterio de asignar a esos caminos una preponderante importancia, en lo que gravitaría el raciocinio de las ventajas ecológicas en favor de una de ellas.

La presencia inca tuvo que conllevar una profunda transformación en los pueblos aborígenes que encontraron a su paso. En la región comprendida por las dos provincias de Atacama y Coquimbo, desde hacía siete siglos se había asentado en los valles irrigados y sobre las caletas del litoral un pueblo de economía agrícola-ganadera prevaleciente, pescadora y recolectadora por antigua tradición. Diseminados por esos lugares donde hubiera agua de ríos o vertientes, parece que no adquirieron una organización jerárquica definida; aislados o reunidos en poblados con muy contados habitantes, no lograron establecer gobiernos ni centralizar poderes. Los incas tenían una poderosa institución dual de gobierno con una jerarquía escalonada de clases y ayllus, cuerpo militar y sacerdocio. Todo ese poder resultaría avasallador comparado con el sistema de convivencia de los pueblos autóctonos, de tan menor desarrollo.

Los aspectos artesanales, que son los únicos vestigios que se conservan del pueblo de cultura diaguita, en la nomenclatura más ampliamente conocida, tienen que haber sido alterados, y en ellos la evolución debe resultar más evidente.

En el aspecto textil, las muestras conservadas son escasas, las condiciones climáticas no permiten una preservación; pese a la gran cantidad de evidencias con que se hace presente este pueblo —que ha sido estudiado en 40 años de investigación arqueológica—, no se cuenta sino con fragmentos diaguitas insignificantes. En tanto existen en mayor cantidad de ejemplares tejidos de influencia inca, de los que pueden encontrarse ejemplos en los hallazgos de la mina de Las Turquesas, algunos trazos bordados provenientes de una sepultura aislada cerca del mineral de El Salvador y en las ofrendas del cerro Las Tórtolas. (Ver apéndices).

En la consideración de que deba suponerse algún desarrollo del arte textil en el pueblo diaguita, tenemos algunas comprobaciones de elementos indirectos como los vestigios de lanas, la presencia de torteros, esa parte constitutiva de los husos para hilar, algunos implementos del telar y el testimonio de las figuras pintadas en algunos vasos cerámicos. En una pieza alfarera aparecen figuras humanas con una túnica que llega a media pierna con una decoración cuadriculada de blanco y negro; tenemos otro plato con figuras de personajes que llevan de amarra a cuadrúpedos domesticados, seguramente llamas; también usan túnicas semejantes, aunque unicolores rojas. Estos antecedentes que se informan en condiciones tan precarias no pueden compararse con aquellos otros a los que se ha hecho referencia anteriormente.

La alfarería, por su abundancia, el notable desarrollo y la acabada factura que había alcanzado en los diversos períodos de la cronología del pueblo diaguita, es la artesanía más importante y aquella que permite establecer las eventuales influencias en el contacto con los incas.

Las formas alfareras son ampliamente conocidas en esta Cultura Diaguita. Según un orden de frecuencia estadístico (condición numérica que resulta del análisis comparativo entre las colecciones del Museo de La Serena y los objetos usuales), tienen enorme preponderancia la olla y el jarro zapato o ceramio heteromorfo; en aquellos finamente decorados del ritual funerario, el mayor número está representado por los platos y con menor alcance por los denominados jarros patos y urnas.

En el período inca no se alteran las normas generales de las piezas alfareras domésticas o usuarias. En aquellas finamente pintadas, que forman parte de las ofrendas, se conservan las formas generales con cambios fundamentales en las estructuras de su ornamentación. Introducidas por los invasores, aparecen aquellas formas generalizadas en el Cuzco: el aríbalo, la olla con pedestal y asa levantada, el plato playo con figurillas o formas esquemáticas en vez de asas y otros vasos menores de formas típicas.

De estas observaciones llegamos a una conclusión general: que si las formas no

cambian fundamentalmente y si se enriquecen, es en la ornamentación donde es posible establecer variaciones expresivas.

Entre los nuevos motivos ornamentales incorporados se incluyen franjas de triángulos contrapuestos en series repetidas, los motivos denominados por comparación, frondas de helechos y en especial los campos cuadriculados y trazos cruzados formando losanges. El color que en las piezas alfareras diaguitas era predominantemente tricolor: rojo, blanco y negro, en algunos ejemplos más sujetos a la ornamentación original del Cuzco se enriquece con posibles otras tonalidades. La pasta alfarera adquiere también caracteres de textura y coloración diferentes, apareciendo una alfarería de tonalidad amarilla (beige-rosa), el color negro brillante y una alfarería pintada color concho de vino, entre las más relevantes. Estas características las hemos reconocido en una reciente exploración a otro tramo del Camino del Inca que antes no fue investigado.

Hemos explicado que en aquellas piezas alfareras diaguitas que son tradicionales y se siguen produciendo en el período de aculturación inca es donde se opera una transformación más profunda, destacándose que es una característica habitual en los jarros patos y en los amplios recipientes mal denominados "urnas". En estas dos formas cerámicas es donde se operan mayores cambios de transformación estilística. Esto no ocurre con idéntica importancia en los platos. Deducimos que estas trasformaciones o cambios pueden obedecer a una condición más profunda que la que corresponde a una simple transformación de modalidad estética.

En esas piezas de clasificación clásica, denominación que es acertada si se considera la jerarquía de la ejecución alcanzada, se observa una preocupación de parte de los artesanos indígenas por cubrir los espacios con una ornamentación minuciosa en los detalles de realización y con un vuelo en la factura que resulta graduado por una operación premeditada. Se han citado dentro de las normas ejemplares que hacen el común de la decoración diaguita —y que resultan situaciones de excepción—, algunos errores en el desarrollo del dibujo que tuvieron que ser corregidos precipitadamente con el agregado de una franja de nuevo dibujo para intercalarlo a ese desarrollo que resultó irregular.

La creación es el alcance más notorio en estos artesanos alfareros del período tradicional. Cada ceramio en el artesano tiene esa concepción singular. Los ejemplares dobles idénticos son de absoluta excepción. FRANCISCO L. CORNELY los ha señalado en condición exclusiva en aquellas ofrendas funerarias de una misma sepultura. En ratificación a ese concepto definitorio de creación en el trabajo alfarero de un período determinado, podemos agregar: a pesar de que los motivos decorativos no alcanzan a diez en sus esquemas diferenciados, en las muestras de los museos casi no existen piezas propiamente duplicadas. Una alteración en los trazos, un cambio en la posición de los esquemas estilísticos están siempre señalando las particularidades de esa independencia creadora. En la factura de la cerámica inca existe un profundo y evidente contraste. Aquel freno del desarrollo ornamental hasta la desaparición de toda minuciosidad en la ejecución de los motivos decorativos, aquel ahorro de los esfuerzos que debía demandar una labor tan acabada, tienen que encontrar una explicación que no sea la de una simple desviación de trabajo.

Habíamos señalado insistentemente que en las piezas jarros patos y urnas es donde mejor se observa la variación de esos esquemas estilísticos. Los jarros patos, nombre tradicional que se conserva por costumbre, aunque resulta impropio, considerando que no siempre son ánades las figuras representadas y que esta identificación resulta en mínima proporción dentro de las habituales clasificaciones de objetos arqueológicos, sería más adecuado aceptar la denominación de "vaso con figura, asa y gollete". En estos ceramios, producto de la influencia o aculturación inca, se operan una serie de transformaciones fundamentales: el asa que en las piezas tradicionales o clásicas era de sección circular, en la transformación posterior resulta de sección rectangular. La cabeza biomórfica que representa al pato o al hombre, en las nuevas circunstancias se transforma con varios ejemplos en una figura enmascarada. La presencia de pequeñas eminencias señala orejas, y la posición de los ojos sobre la cabeza podría representar la piel superpuesta de un animal, tal vez un felino; los rasgos faciales tienen poco en común con el ave indicada.

La transformación y el predominio de uno u otro motivo animal no nos dará la pauta que nos lleve a conclusiones improvisadas, que tengan relación con un eventual cambio totémico u otro argumento de condición subjetiva, imposibles de defender irrefutablemente.

Durante el período autóctono se ha señalado que los motivos geométricos y rectilíneos

con la tricromía prevaleciente poseían un notable y acucioso perfeccionamiento. Durante el período de aculturación existe un gran predominio en los motivos decorativos del color negro sobre el campo blanco, siendo este último el dominante, pues abarca los máximos espacios. El rojo, en cambio, tiene una tendencia a ser minoritario. Los motivos en el esquema estilístico resultan ser de una extrema simplicidad de ejecución; por lo general, corresponden a campos de rombos en cuyo espacio interno diversos trazos se cruzan en ángulos diferentes configurando formas cuadriculadas o de rombos repetidos. Estas mismas ornamentaciones no resultan cuidadosamente realizadas, siendo muy notorio que falta aquella maestría en la obra artesanal propia de la tradición alfarera diaguita.

Pudiera entenderse que, desde esa época y con el desarrollo de la influencia que significa la aculturación inca, se pierde en gran parte la jerarquía, aquel alto nivel alcanzado por la maestría artística. Por otra parte, la ejecución de motivos decorativos queda reducida a expresiones muy elementales y de gran simplicidad. Las formas mismas de las piezas cerámicas en las que antes se observaba una intencionada particularidad expresiva, ahora desaparecidas, van acentuando una determinada regularidad de factura, lo que resiente aquellos aspectos tan notables de variabilidad y ejecución singular que les eran tan característicos.

De esta observación sobre los cambios en los estilos en la artesanía alfarera durante el período inca, en trabajos anteriores, hemos deducido la profundidad de penetración de una organización grandemente evolucionada sobre un pueblo autóctono con un desarrollo económico-social no evolucionado. En esa oportunidad hemos argumentado que las obligaciones de cancelar tributos, exigidas por los incas como parte de su prevaleciente organización socio-económica (para el caso, vale citar a GARCILASO y otros cronistas que se refieren al asunto señalando que todos los pueblos del imperio tenían esa obligación), se repartían según fueran sus trabajos y ocupaciones. En esa consideración los artesanos (alfareros, textiles, etc.) tendrían que aportar algún tipo y cantidad, y esta asignación de tributos obligaría a una producción numérica exigible [2].

Aplicando estos conceptos, diremos que en tiempos de los incas la producción en cantidad viene a concluir en un producto funcional, elaborado en serie y sin esos atributos de perfeccionamiento y maestría que les eran tradicionales [3].

LA EXPLOTACION MINERA

El trabajo sobre metales lo conocemos en el área como una labor de antiguo desarrollo. El pueblo de la cultura de El Molle, anterior en varios siglos al de la Cultura Diaguita, conocía el cobre, la plata y el oro, y las artes metalúrgicas comprendían toda esa elaboración del batido en forja, laminado, el repujado y posiblemente el trefilado. Parece que los diaguitas tenían conocimientos análogos suficientes; con el período de ocupación inca, se hace presente un trabajo de mayor intensidad en la explotación minera. Se han publicado aquellos trabajos con una población numerosa en Hoya de Caldera. Posteriormente se han reconocido en los alrededores de Cachiyuyo, en el sitio Los Infieles, trabajos que siguen a tajo abierto las vetas con metal; otro tanto ocurrió con faenas del mismo sistema de explotación y posiblemente tambi.én en socavones en las minas del cerro Colorado, del mismo sector de Cachiyuyo, en la provincia de Atacama. En ambas circunstancias se recogieron las herramientas utilizadas, que consistían en grandes cuñas de piedra, algunas con señales de haber sido enmangadas.

El proceso metalúrgico por seguir es el comúnmente conocido: la molienda en los marayes de un tipo que todavía está en uso entre los pequeños mineros, la fundición en guairas cuya existencia la describimos en algunos sitios del valle de Copiapó; luego el proceso de vaciado en crisoles alfareros trípodes y con un vertedero, de los que se encuentran ejemplares en el fundo Coquimbo y en Peñuelas, inmediato a La Serena, y finalmente moldes del tipo que encontró GONZALO AMPUERO en las excavaciones del fundo Coquimbo.

Todo este proceso significaba el empleo de todo el desarrollo metalúrgico conocido por los diaguitas, y al que debe agregarse como aporte de los incas: la fundición a la cera perdida, la soldadura y el empleo de aleacio-

2 Sobre los tributos en la organización inca Louis Baudin, en su obra "El Imperio Socialista de los Incas", 1940, señala que se refieren a esa regulación, planteando la hipótesis de que ésta no correspondía a un cabal concepto de enriquecimiento de la economía del régimen, sino que tenía el principal objetivo de mantener permanentemente ocupados a los habitantes.

3 En otra revisión —después de bastantes años— que hemos hecho en una antigua publicación de John H. Rowe, "Inca Culture at the Time of the Spanish Conquest", tuvimos la sorpresa de encontrar un párrafo en el que el investigador especialista señala que en la artesanía alfarera inca existe una dominante tendencia a la uniformidad. Una aseveración en la que se coincidía plenamente y en la que antes no habíamos reparado.

nes con otros metales hasta obtener el bronce. De toda esta gama de desarrollo metalúrgico se han publicado contribuciones en La Serena.

Estos desarrollos en las explotaciones agrícolas y mineras significaron una activación comercial de trueques que en parte debe de haberse realizado mediante el transporte de llamas cargadas. De esos atalajes de carga, recientemente se han publicado algunos antecedentes al hacerse referencia a una mina de turquesas en El Salvador. El hallazgo de pescado seco en el acopio de alimentos que existía al interior del socavón de esa mina de El Salvador exigió estudiar algunos caminos de transcurso intermedio hacia la costa. Recientemente investigamos en un tramo del Camino del Inca comprendido entre Inca de Oro y Copiapó. Esa huella caminera podría salir al litoral por la Quebrada de Flamenco, una vía natural hacia el mar al sur de Chañaral. Sea que no se hizo un reconocimiento suficientemente acucioso o no tuvimos fortuna, el hecho definitivo es que no la hallamos.

En fecha muy reciente, el ingeniero HANS BERGHOLZ con su hijo Walther realizaron investigaciones en la costa, en las inmediaciones de la Caleta Obispo, situada muy cercana a la playa de Flamenco. Siguiendo al interior, encontraron algunas tamberías y una sepultura inca con piezas cerámicas entre las que se incluye un aribalo y otros objetos tales como cinceles, pinzas depilatorias, punzón, cuchillos y láminas de cobre. En hueso, leznas, espátulas con figuras adheridas y torteras de diversos tipos. En tejidos, trozo de posibles géneros que recubrían parte de los instrumentos metálicos. En piedra, puntas, puntas cuchillos, puntas de proyectil y cuchillos.

Estos hallazgos demostraron esos tráficos con la costa que se andaban buscando.

Del concepto religioso indígena anterior a los incas son muy elementales los antecedentes que puedan tener algún asidero. La creencia en una vida ulterior que se manifiesta en los diaguitas como parte de los ritos funerarios y en especial en sus ofrendas, es una condición generalizada en gran parte en los pueblos indígenas, y, por lo tanto, no puede considerarse como una condición excepcional y relevante. FRANCISCO L. CORNELY menciona los hallazgos de jarros patos y otras piezas especiales en las tumbas del cementerio del Olivar, inmediato a La Serena, aduciendo la hipótesis de que su utilización está relacionada con posibles símbolos totémicos que separan los clanes. Esta sugerencia del gran investigador de esa cultura no parece tener un mayor rigor en las pruebas, considerando que los trabajos arqueológicos de esa época no se ciñeron a un esquema metódico suficiente[4].

Las construcciones rituales de los incas en algunas cimas de montañas, los sacrificios humanos y las ofrendas depositadas representan una concepción religiosa que no podemos establecer si es más evolucionada y perfeccionada, dado el desconocimiento de los rituales característicos en los grupos indígenas anteriores; pero al menos resultan más exteriorizantes y ejemplares.

La consolidación de ese poder y la transformación operada por esta organización evolucionada se hace más evidente con la generalización en el empleo de la lengua quechua. En 80 años de dominio ésta prevalece sobre la lengua autóctona, que declina hasta su total desaparición. La invasión hispánica emplea lenguaraces traídos del Perú que usan como propia esa lengua general; algunos misioneros[5] predican en quechua en la primera evangelización de esta área. Esta generalización de una lengua y declinación de la anterior también pueden observarse en los topónimos, en los que son predominantes las raíces quechuas al norte del Limarí, y hasta el Choapa participan, produciéndose un desequilibrio con ventajas para la etimología de origen araucano [6].

La preservación del régimen institucional obligó a los incas a establecer aquellos baluartes de defensas, los pucaraes. Como antecedente sobre estos sistemas defensivos, citamos a CORNELY, quien indicó la existencia de una fortaleza en el Valle de Elqui, atribuyéndola al pueblo de la Cultura de El Molle. Esta defensa no parece tener aquellas característi-

4 A ese respecto, podría citarse John H. Rowe, "Inca Culture at the Time of the Spanish Conquest", quien dice al respecto de los ayllus que, para clasificarlos en grupo totémico, tendría necesariamente que demostrarse que el ayllu tuvo nombres de animal o vegetal o que los miembros del ayllu tuvieron nombres de animal; que ellos creyeron en su descendencia y que tuvieron una actitud ceremonial hacia esas especies, tales como no comer de esa carne y algunos ritos en que el animal se utilizara como símbolo del ayllu.

5 "Viéndose ya el P. Baltasar Piñas en Coquimbo (Febrero de 1593) ... todo el tiempo que allí se detuvieron los PP. lo ocuparon en hacer misión... a los indios se les hicieron doctrinas con procesiones por las calles, y se les predicó y confesó en la lengua del Cuzco, que hasta allí la introdujeron los reyes Incas y persevera hasta ahora". Historia de la Compañía de Jesús en Chile, P. Olivares.

6 J. Iribarren, 1957. Relaciones entre las Culturas Diaguitas de Argentina y Chile.

cas exigibles a un emplazamiento bélico. Si bien es cierto está ubicada sobre una montaña con un accidentado camino de acceso, no se observa en la descripción de CORNELY ningún sistema defensivo en etapas ni construcciones logísticas adecuadas. Los argumentos de ubicación resultan también escasamente significativos si se observa la amplitud del valle en esa área y, por otra parte, si se toman en cuenta los lugares ocupacionales indígenas que resultan singularmente más importantes en la margen norte del valle, en un sentido absolutamente opuesto a la ubicación y emplazamiento de la fortaleza. Considerando la descripción, diremos que una planicie circular con un ligero pircado ubicado en esa altura no resultaría eficazmente estratégica; en cambio, se evidenciarían las condiciones negativas de recursos para mantener con éxito el asedio.

Los diaguitas, según parece, no conocieron esos recursos de defensa militar. Es coetánea a la ocupación inca la construcción de esos pucaraes en el valle de Copiapó. En Punta Brava, uno de ellos está estratégicamente ubicado sobre la cima de un cerro que angosta el valle. Sus contornos son de ascensos muy dificultosos, salvo por una huella en zigzag protegida por numerosas pircas con contornos y a diversos niveles que permitían una defensa progresiva. Otro pucará al interior del río Pulido, que está citado en la Crónica del Reyno de Chile de GERONIMO DE BIBAR, posiblemente tenga una estructura con análogos caracteres defensivos.

A este pueblo diaguita-inca establecido en los valles transversales de Atacama y Coquimbo, con sus respectivos gobiernos, explotaciones agrícola-ganaderas y mineras, sus artesanías y todo el desarrollo cultural y económico, es al que encuentran y subyugan los adelantados militares de Diego de Almagro y, más adelante, los capitanes conquistadores de Pedro de Valdivia.

APENDICE 1

HALLAZGOS EN EL CERRO LAS TORTOLAS

El cerro, que tiene 6.332 m. y es una de las cumbres principales en la Cordillera de los Andes, ha sido ascendido en diversas oportunidades. Algunos de los excursionistas que llegaron a la cima hicieron trabajos arqueológicos exploratorios, verificando la existencia de una plataforma de piedra en el sistema de pircados, en la que se encontraron elementos de segura procedencia inca. Varios andinistas: LUIS KRAHL y BION GONZALEZ y los investigadores RENE NAVILLE y MARIA MILLAN DE PALAVECINO se han referido "in extenso" a unos primeros hallazgos. GONZALO AMPUERO y MARIO FANTIN, del Club Andino Mercedario de San Juan, han descrito, en apretada síntesis, la sucesión de exploraciones efectuadas en esa cumbre.

De los resultados de la primera investigación a la cumbre del cerro Tórtolas, tomamos las referencias anotadas por la distinguida investigadora argentina y experta en textiles señora MILLAN DE PALAVECINO. Según esa autora, el material colectado, el cual se conserva en el Museo Nacional de Historia Natural de Santiago, sintetizando consistiría en: una figurilla tallada en valva de molusco **Spondylus**, que estaba envuelta por una manta "en técnica de poncho o "warp face" con los bordes terminados a corto espacio con aguja en un sistema de festón; una túnica o uncu que tiene la particularidad de estar trabajada por escaques de dos colores, conseguidos por tramas cortas o kelin; una bolsa para coca con trama de poncho y algunos cordeles.

El tocado, formado por un "manojo de plumas reunido por los cañones, se afirma en la nuca y se despliega hacia la parte superior"

En la segunda investigación arqueológica, en la que participan aquellos investigadores y otros más de la misma institución deportiva, se obtiene el hallazgo de dos figuritas femeninas: una de plata hueca, obtenida en técnica de la cera perdida y soldadura, respectivamente, y otra figura recortada de una valva del molusco **Spondylus**. Estas figuritas, como las demás ofrendas, fueron obsequiadas al Museo Arqueológico de La Serena.

Entre los objetos generales recolectados, se puede catalogar una serie de implementos de madera de variado uso, en el que se incluyen palitos para hacer fuego. También una bolsa de tejido vegetal muy finamente elaborada que contiene hojas de coca.

Los tejidos que cubrían las figurillas, tratándose de piezas de reducido tamaño, tienen condición de miniaturas adecuadas a las circunstancias de cada figura (lo que podríamos llamar el ajuar); consisten en una pieza cuadrangular y otra rectangular. Estos paños presentan 3 ó 4 franjas de variados colores: gris, negro, blanco y marrón, tonos naturales existentes en la lana de los auquénidos. En los paños de igual dimensión de 14 cm. por lado los bordes presentan festones de condición li-

mitada, llevando el propio color de cada franja. En aquellas mantas rectangulares de 13 cm. por 8 cm. los márgenes llevan un trabajo de aguja en forma de festón con hilos en diversa combinación de colores: amarillo, rojo y verde.

FAJAS

Dentro del atuendo, figuran sendas fajas. En la correspondiente a la figurilla de concha ésta tiene una dimensión de 15 cm. de largo por 1 cm. de ancho, y aparece tejida en un color unido marrón que lleva una franja central en la que se alternan rectángulos de fondo blanco y dibujo negro. En cada uno de estos rectángulos, en doble faz y en color contrario, por consiguiente, van apareciendo un circulo con punto central, dos pequeñas figuras cuadriláteras con dos puntos y rectángulos divididos en cuatro segmentos. Las fajas terminan en sus extremos por cordones trenzados de color blanco y marrón oscuro o negro.

La segunda faja, que tiene un fondo de color granate, mide 12 cm. y 1,8 cm. de ancho. La franja central decorada tiene el fondo amarillo y los motivos son azules oscuros. Estos tienen la forma de escalones que forman orlas en ángulos rectos y figuras piramidales. Esta faja termina en los extremos por cordones trenzados de colores granate y azul.

LACILLOS

Están conformados por tejidos tubulares de color marrón, ornamentados con dibujos dobles de esquejes blancos. En sus extremos terminan en cordones enlazados en lana de color beige y granate, a los que van atados recortes de **Spondylus.**

GRANDES ADORNOS DE DIADEMAS DE PLUMAS

Corresponden a adornos cefálicos de plumas que se continúan por la espalda de los portadores que las llevan. Tienen esa disposición circular y expandida que sobresale como un tocado y luego cae sobre la espalda. Las plumas atadas por los cañones van insertas en una condición imbricada en un tejido en técnica de "warp face". La forma dorsal es rectangular, en tanto que la cefálica es de medio círculo bastante expandido. Este medio círculo es doble y forma una bolsa abierta que permite introducir holgadamente las cabezas de las figuritas.

El adorno completo de 16 cm. de longitud, que corresponde al que lleva la figura realizada en concha marina, está recubierto íntegramente por plumas blancas. En tanto que el adorno de 9 cm. de largo, correspondiente a la figurilla de plata, lleva una cubierta sobrepuesta de plumas rojas, salvo un pequeño borde en plumas amarillas.

APENDICE 2

TRAMO DEL CAMINO DEL INCA

RUTA MINAS GALLEGUILLOS y EL MORADO

Una expedición arqueológica que se realizó en abril de 1973, con el objeto de revisar un tramo del Camino del Inca, que permanecía aún sin investigar, contó con el apoyo de la Administración de la Empresa Minera de El Salvador y la colaboración de los funcionarios del Departamento de Extensión Cultural Sres. FRANCISCO ORDUÑA y JAIME VEGA, y el funcionario del Museo CARLOS LATORRE SILVA.

El sector recorrido se estableció a partir desde el cruce del Camino del Inca con la ruta a las Minas Galleguillos, y El Morado hacia el sur, aproximadamente en un total de 10 Km., por un sector de muy difícil acceso, por la abundancia de piedras y multiplicidad de quebradillas que allí existen.

A partir del lugar en que la carretera cruza al sendero, y a la distancia de 1 Km., se encuentran los primeros tambillos (construcciones circulares o cuadrangulares de piedras secas ordenadas en el sistema de pircas).

TAMBO I

En ese lugar hay tres de esas construcciones con un diámetro de 2 m. cada una.

TAMBOS GRUPO II

Un círculo de parecido diámetro se lo encuentra a 50 m. de distancia, y a 15 m. de éste un grupo de diversos compartimientos cuadrangulares de: 3, 2, 3.50 y 2.50 m. cada uno. A una distancia semejante, un círculo de 2 m. (A), adosado a otro rectangular de 4 m. (B). Una tercera construcción de 5 m. de longitud y 2 m. de ancho está ubicada a 4 m. de distancia (C); un pircado circular de 3.50 m. (D), a 18 m., y dos pequeños de 1.50 m. de diámetro quedan a su vez a 25 m.

(E). Siempre hacia el sur, a 15 m., dos cercados de 2 m. (F). A 5 m., un círculo con perímetro de 2 m. (G), y distante a 6 m. un cuadrilátero de 3 y 2 m. (H).

TAMBOS GRUPO III

500 m. al sur se observan cinco construcciones aisladas; una es rectangular de 2 x 3 m., 4 m. circulares y 2 m. de diámetro. Estas quedan entre 9 y 4 m. distantes entre sí y a 10 ó 15 m. del Camino del Inca hacia el este.

Las construcciones en este grupo, por excepción, aparecen 0.20 m. en un nivel más profundo que el terreno natural.

TAMBOS GRUPO IV

A 1.200 m. del grupo II (A, B, C. D, E), en la confluencia de varias quebradillas, que están ahora totalmente secas y suelen llevar esporádicamente algún caudal originado por las lluvias ocasionales, se encuentran en este lugar dos tambos cuadrilongos muy pequeños de 1.50 m., uno de forma oval con un diámetro mayor de 7 m., uno circular y otros tres agrupados de un diámetro de 1 m.

A 200 m., aislado, aparece un tambo rectangular de 2 y 1 m., respectivamente, dividido en el centro por una de esas murallas de piedras.

MATERIALES ARQUEOLOGICOS SUPERFICIALES

En estos diversos grupos de habitaciones se ha encontrado una pequeña cantidad de fragmentos alfareros que se detallan a continuación. Por la cantidad, se deduce que se trata de la fragmentación accidental de algunos ceramios en cantidad bastante limitada.

Otros materiales no fueron encontrados asociados al trazado del Camino del Inca, y en lugares aledaños, si los hubo, es posible que hayan sido recolectados en fecha histórica por los usuarios de este camino.

La condición rudimentaria de estas habitaciones y la dificultad de proveer de agua y leña, que parece haber sido una situación ecológica prevaleciente por más de 400 años, no nos permite considerar estos tambos sino como lugares habitacionales de tránsito. Naturalmente, en una tesis contraria, habría que considerar como argumentos favorables a una hipótesis diferente, algún cambio en la pluviometría regional y las posibilidades de una carpeta más fecunda en el desarrollo herbáceo y arbustivo en esos llanos, lo que permitiría una mayor sustentación y frecuencia de cuadrúpedos de la fauna natural y una mantención más adecuada para los auquénidos domésticos.

TAMBO EN PUNTA DEL VIENTO

Se encuentra este complejo habitacional en el sector más bajo de una hondonada de la sierra que corta al llano de este a oeste. Esta circunstancia topográfica permite que el camino que ha ido ascendiendo paulatinamente desde el punto inicial en el cruce, prosiga en un descenso no abrupto en otra planicie.

Esta continuidad de habitaciones ubicadas en el tambo tiene una extensión de 17 m. y 4 m. en su ancho en el sector más amplio. De sur a norte, se observan estos cuartos empezando por un círculo de 1 m. de diámetro. Luego todos los que siguen de forma rectangular, tienen de 2 a 2.50 m. de ancho, y las divisiones verticales que los separan se producen a los 3, 4, 1.20 y 7.50 m. Como continuación de aquellos recintos, hacia el este, hay un cuadrilátero de 4 m. de ancho y 7 m. de longitud.

En las inmediaciones hay dos corrales separados de 7 y 6 m. y 5 y 3 m. respectivamente.

MATERIALES SUPERFICIALES

En los contornos se encontraron, superficialmente, algunos fragmentos de un tipo similar al material rústico descubierto en las inmediaciones de los tambos encontrados a la vera del camino, y escasos fragmentos pintados del tipo diaguita en el período de aculturación inca. También es importante el hallazgo de dos implementos ruedos que, por sus formas y características, son similares a otros que fueron encontrados en yacimientos mineros del período inca y han sido descritos para las minas de cerro Colorado en Cachiyuyo, provincia de Atacama y Hoya de Caldera, provincia de Coquimbo. Hay que destacar que, en las inmediaciones del tambo, existe una mina de cobre con abundantes guías de carbonato de cobre y otras sustancias que se conocen como malaquita y turquesas.

Junto con estos materiales arqueológicos, naturalmente, se encontraron todos los residuos de basura de una ocupación humana coetánea. Por un lado, la trashumancia de ocupación

del camino; y más que eso, seguramente los trabajos mineros hasta época reciente han alterado en forma profunda la conformación de este complejo habitacional.

MATERIALES ARQUEOLOGICOS SUPERFICIALES RECOGIDOS EN LOS TAMBOS

ALFARERIA

1) Tipo Beige/rosa (Clasificación 2.5 YR 6-6)[7].

Trozo de un posible ceramio único. Superficie engobada con un baño en un color, ya indicado, ligeramente más pronunciado que la pasta natural del tiesto. Este engobe se ha distribuido en forma irregular; hay sectores en que aparece más engrosado, con la consiguiente mayor intensidad colorimétrica. Aparecen bien marcados los trazos de pincel, cuyo valor estimativo es de 1 cm. de ancho.

Cocimiento oxidante sin núcleo. Pasta con muchas fallas en la unidad, quedando algunos vacíos con las probabilidades que se señalan en los textos de especialidad. En el antiplástico se comprende una arcilla escasamente homogénea y un pedregullo de tamaño mediano a grande, originario de rocas calcáreas y cuarzo (1 a 2 mm. de tamaño). Espesor medio: 4 mm.

Formas: Cántaro globular de cuello corto, bordes evertidos y de superficie semiplana. Posiblemente con asas.

2) Tipo Corriente Rojo. Sin engobe, color rojo natural. Superficie alisada con abundantes pecas brillantes (óxido ferroso), cocimiento oxidante incompleto con núcleo importante. Pasta homogénea constituida de un antiplástico de arena cuárcica y un pedregullo que incluye grano de cristal de roca de mediano grosor, 1 mm. Espesor: 4 a 5 mm.

No es posible establecer formas por la escasez y el tamaño rudimentario del material: 12 fragmentos.

Subtipo 2 A. Está constituido por un material análogo en la pasta y técnica; es ligeramente más grueso. Su característica diferenciativa principal es llevar la cara interna, en estos ceramios, cubierta con un depósito negro uniforme.

De las formas, poco es dable decir: el tiesto o varios de ellos llevaban un asa corta en forma de cinta.

Tipo 3. Está relacionado con los dos anteriores, en cuanto a pasta, con el carácter diferenciador de que es probable que el cocimiento se haya logrado en un horno fuliginoso, reductor, puesto que el depósito del negro de humo afecta a las dos caras del ceramio y el núcleo negro es de mayor y considerable consistencia.

Tipo 4. Pintado en color concho de vino (Clasificación: 7.5 R, 5-6). Cocimiento oxidante, en color uniforme beige/rosa (superficie sin pintura). La superficie aparece finamente bruñida. La pasta uniformemente cocida y sin núcleo. Desgrasante: arena fina cuárcica con grit muy fino imperceptible al ojo desnudo.

Forma: Cántaro globular, asiento plano circular, cuello tan breve que es casi inexistente, y los bordes aparecen notoriamente evertidos, asas cintilliformes de sección rectangular.

La pintura es brochada, el pigmento no ha sido distribuido uniformemente ni en suficiente cantidad y espesor. El color, cuya clasificación dimos anteriormente, es de tono aproximado granate. Grosor: 10 mm. en la base y 4 mm. en el cuello.

Nota General: Es muy posible que los tipos 1, 2, 3 y 4 hayan sido formulados sobre fragmentos en cada caso a una o dos piezas en particular.

Tipo 5. Pintado Negro/granate. Las características generales de estos fragmentos son análogas a las del tipo 4. La decoración en color negro constituye la condición diferencial; corresponde a motivos lineales paralelos y en diagonal; trazos que forman ángulos agudos.

Alfarería Rojo Pintada. Sobre un fragmento no puede reconstruirse un tipo; por lo tanto, sólo cumplimos con mencionarlo.

Alfarería Beige Clara Pintada. Algunos fragmentos de asas de un aribalo con una pasta que lleva ese enlucido, sobre el que se trazaron algunas decoraciones lineales en negro.

7 Watson Smith. 1971. Painted Ceramics of the Western Mound at Awatovi. Papers of the Peabody Museum, Nº 38, Harvard University, Cambridge, Mass. U.S.A.